

Espiritualidad de la Cruz: ¿dolor o amor?

Fernando Torre, msps.

Hace tiempo una persona me escribió diciéndome: «la verdad es que yo me resisto mucho y a veces pienso que no soy la persona indicada para pertenecer a esta Espiritualidad que habla de sacrificio y dolor».

Cierto que el título Espiritualidad “de la Cruz” da pie a pensar que se trata solo de sacrificio y dolor. Más aún, muchas veces quienes vivimos esta espiritualidad así la entendemos y así la presentamos; pero es un error que ha traído lamentables consecuencias.

Le respondí: «Eso de que aquí se habla de sacrificio y dolor, no es sino falta de perspectiva. Aquí se habla de amor, de un amor hasta el extremo, de un amor dispuesto a cualquier sacrificio por la persona amada, de un amor que no termina, de un amor que sufre con el mal o el sufrimiento del amado, de un amor que hace bien a los demás, de un amor que produce gozo y plenitud en quien ama, de un amor que quiere amar más, amar mejor, amar a todos. Aquí se habla del amor del Padre misericordioso, del amor de Jesucristo sacerdote y víctima, del Espíritu Santo, que es el amor mismo de Dios-Amor y quien nos comunica su amor. Sacrificio y dolor son solo consecuencias del amor».

La Espiritualidad de la Cruz no nos impulsa a sufrir ni a someternos pasivamente ante el dolor, más bien nos impulsa a seguir a Jesucristo, que «nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5,2); nos enseña a aprovechar nuestro sufrimiento, el que ya tenemos, para nuestro bien y el de los demás, ofreciéndolo junto con la cruz de Jesús (cf. Col 1,24); nos ayuda a ver el rostro de las personas que sufren, a compadecernos de ellas, a acercarnos a ellas, a tocar sus llagas y a luchar por para aliviar sus sufrimientos (cf. Lc 10,30-37); nos invita a consolar, con nuestro amor, el Corazón de Jesús, herido por el pecado.